

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 26 de Agosto de 1897

Núm. 353

BARCELONA EN LA MANO



Atracadero de los vaporcillos «Golondrinas» (Barceloneta)

Fot. A. Merletti

Un buen consejo

Agitada por temblorosa impaciencia, vestida con elegante traje de viaje, puesto el sombrero, cuyo velo ocultaba discretamente el rostro pálido, pero siempre lindo, enguantadas las manos, dispuesta, en una palabra, á partir, la gentil condensita esperaba, clavados los ojos en el reloj de bronce dorado, cuyo *tic-tac* resonaba pausadamente en el



silencio del *boudoir*, que las manecillas señalasen las nueve y cuarto. Y faltaban todavía quince minutos... ¡quince minutos de desesperante espera!

De pronto Sofía se volvió bruscamente y lanzó un chillido de terror. En el dintel de la puerta había un hombre, y este hombre era el conde en persona: esto es, su marido, cuya fisonomía algo ajada, pero agradable y de aristocráticas líneas, tenía una expresión irónica.

—¿Te sorprende mi presencia aquí, querida?—dijo en tono festivo y penetrando en la lujosa estancia de la dama.—Lo cierto es que á estas horas no estoy nunca en casa, y que las paso siempre en el Casino. Pero hay circunstancias excepcionales que le obligan á uno á alterar su régimen de vida. Y hoy nos encontramos en una de esas circunstancias.

—Bien: ¿y qué quieres?—interrogó Sofía, esforzándose con su tono seco y desabrido en dominar la alteración de su voz.

—Pues, verás... quería hablarte: ¡oh! no tengas miedo... en primer lugar, pienso ser muy breve, muy conciso; en segundo lugar, tenemos tiempo: el tren no sale hasta las diez.

La condesita, trémula, casi desfallecida, se dejó caer sobre una butaca, y miró con ojos despavoridos á su consorte. Este, sin perder su flema sardónica, se sentó en el diván, cruzó una pierna sobre otra, añadiendo con imperturbable calma:

—Con tu permiso, me sentaré también: es incómodo el sostener una conversación en



pie. Y ahora hablemos como buenos amigos. ¿No te molestará que encienda un pitillo?

Dando la callada por respuesta, sacó de una riquísima petaca de oro un cigarrillo, que encendió con toda pachorra. Tras dos suaves chupadas, miró sonriendo á su mujer, y dijo:

—Hace cinco años cumplidos que nos casamos. Durante el primero, nos quisimos como dos tórtolas profundamente enamoradas; después vino el cansancio, luego la indiferencia, y hoy nos miramos mutuamente, como si fuéramos seres extraños el uno al otro. ¿De quién es la culpa de este estado de cosas verdaderamente sensible dentro de la vida matrimonial?... No sé: creo inútil averiguarlo, aunque me atrevería á sostener que tanta responsabilidad cabe para tí como para mí.

Pero eso no quita que conserve por mi parte el derecho de hacerte algunas observaciones, así en interés tuyo como en el mío. Y permíteme, querida Sofía, que te diga, sin

ambajes, que vas á cometer una verdadera tontería; una necedad de que antes de quince días estarás arrepentida y confusa.

—No entiendo...—se atrevió á murmurar con voz apagada la condesita.

—Sí, mujer, sí, me entiendes perfectamente; pero si te empeñas, hablaré sin reticencias ni reparos; te diré que estás preparada á abandonar el domicilio conyugal para huir en compañía de Roberto Saltieri, ese tenor italiano que ha hecho las delicias de nuestro público durante esta última temporada, y que si no miente la fama, lleva ya seducidas cinco ó seis damas de nuestra mejor sociedad, aunque quizás sería más exacto decir que el seducido fué él y las seductoras ellas.

Confusa, aterrada, Sofía no acertó á replicar una palabra. El conde prosiguió sin dejar su irónica impasibilidad.

—¡Qué fascinación tan singular ejerce el tenor sobre el bello sexo!... ¡Es muy curioso!... El tenor viene á ser para la mujer, lo que la bailarina para el hombre: tiene una sugestión especial. Pero es una sugestión peligrosa, contra la cual creo prudente poner en guardia á tu inexperiencia, antes que des el salto mortal.

No sé qué atractivo has encontrado en ese Saltieri. Verdad es que tiene una voz magnífica, y que da el *do* de pecho con mucha limpieza, y sabe poner los ojos en blanco cada vez que modula el inevitable *Io t'amo* que hay en todas las óperas del repertorio. Pero ¡qué adocenado y vulgarote es!... Una mujer tan distinguida como tú ha debido repararlo muchas veces. Además, es bajo, rechoncho, empieza á echar barriga; y si su pelo negro y ensortijado, como el de un gitano, es de muy buen ver, en cambio, sus narices son verdaderamente exorbitantes. Además, todas las trazas son de ser muy sucio... Manolo, el empresario, me aseguraba no hace mucho, que Saltieri sólo se lava la cara cada ocho días, y los pies cada semestre.

—Buena pareja haríais—continuó el conde, echando una bocanada de humo,—tú y ese tenor... Tú, tan fina, tan aristocrática, tan pulcra, y él tan... tan ¿cómo diré?... tan *lazzarone*. Sí, porque, según parece, antes de entrar en la carrera artística, era uno de esos granujas que pululan semi-desnudos en la playa napolitana. ¡Qué decepción no será la tuya, hijita mía, á los ocho días, probablemente antes, de vida común; verás la diferencia que hay entre el héroe teatral, percibido de lejos, á través del prisma escénico, y el hombre verdadero, el hombre de casa, sin educación, apestando á suciedad, á pomada y á macarrones... Entontes no verás ante tus ojos al personaje prestigioso, cubierto de seda, terciopelo y oro, calzando botas con espuela ó zapatito de raso, ciñendo espada, con chambergo plumado en la cabeza, ó con reluciente casco, que una noche suspira las ternezas de *Fausto*, y á la otra las melancolias de *Radamés*; que hoy exhala las quejas de *Raul de Nangis*, y mañana los lamentos de *Lohengrin*! No; entonces el tenor habrá

desaparecido completamente para ceder el puesto al amante vulgar, sin poesía y sin encanto, al tipo acostumbrado á fáciles conquistas, y que una vez satisfecho el capricho que le inspiráste, dirá para su sayo:—y quizás te lo haga comprender hartamente claro—pues valiente estorbo me he echado encima... habrá que darla el pasaporte.

Mucho más podría decirte sobre el caso,—prosiguió el Conde levantándose;—pero se hace tarde, y quiero dejaros á solas con vuestras reflexiones. No quiero sojuzgar tu libre albedrío, ni imponerte mi voluntad marital; nada de eso; obra como te plazca; si quieres marcharte con ese tipo, hazlo, en la seguridad de que no enviaré ningún aviso al Gobierno civil para que te haga reintegrar al domicilio conyugal. Tan sólo he querido darte un buen consejo, y demostrarte las consecuencias que te reportaría una campanada semejante. Si el sermón te ha parecido impertinente, dispensa querida... y buenas noches.

Saludó el esposo, con exquisita galantería á su costilla, que permanecía muda, inmóvil, anonadada, y salió tranquilamente del gabinete.

El ilustre tenor Saltieri no marchó aquella noche; esperó al día siguiente, y se fué solo, muy enfurruñado y descontento.

JUAN BUSCON.





En casa del zapatero



Desembarco de soldados enfermos y heridos

Fot. A. Merletti

La felicidad

El hijo del muy alto, muy noble y muy poderoso Emir de Samarcanda, la ciudad santa del Asia, se moría, y no había médico que acertara ni á clasificar la enfermedad, ni á encontrarle remedio.

El Emir había ofrecido dos sacos llenos de rupias al galeno que devolviera la salud al heredero de su trono y Estados, y aun cuando, movidos del cebo fabuloso, llegaban médicos y curanderos de todas las partes del mundo, el anhelado remedio no venía y el príncipe se moría á chorros, y la melancolía, que no le dejaba ni un momento, quitábale el apetito, poblaba de visiones sus sueños, demacrando su cuerpo y dejando en el antes gentil semblante su huella indeleble, y en su voz un dejo de tristeza que partía el corazón de su padre.

Llegaron de Circasia mujeres jóvenes y tan bellas, que parecían engendro de la fantasía y no cuerpos esculpidos por el cincel de la naturaleza, capaces de sentir todas las pasiones y de dar, con su posesión, anticipada y cumplida idea de la dicha que espera á los creyentes en el séptimo paraíso de Mahomet. El príncipe admiró aquellas proporciones de soberana belleza, detuvo con complacencia su mirada en aquellos rostros de ángel, durmió alguna vez reclinado sobre los ebúrneos senos, escuchó con deleite las melopeas que aquellas hijas del amor cantaban; pero no pudo vencer su incurable amargura.

Vinieron de la India, sobre blancos elefantes, dentro de torres de laca y marfil repujadas de oro, las dos esclavas favoritas del rajah de Chandernagor, cargadas de joyas valiosísimas, envueltas en sedas de matices tan vivos, que al mirarlas creía verse una cas-

cada de piedras preciosas cayendo continuamente y mostrando á trechos el moreno color de su piel más fina y suave al tacto que la más fina seda, y que guardaba el aroma sutil y embriagador de las rosas rojas del valle de Cachemira. Aquellas dos esclavas se cansaron en vano, y el pobre príncipe las despidió, después de colmarlas de regalos, sin que entre sus brazos hubiese hallado la tríaca anhelada.

Ya que el amor no podía curar al príncipe, pensó el Emir en hacerle saborear la indelible embriaguez de la victoria. Y, armando á todos sus guerreros, hizo montar á su hijo en su carro de guerra, y empezó la conquista de la Persia misteriosa. Al empuje de los soldados del Emir, retrocedieron las falanjes de los barbudos persas, y las altas tiaras sirvieron de punto de mira á las aceradas flechas. Teheran, la desconocida, envuelta en su cintura de lagos siempre tranquilos, se humilló ante los vencedores, y el trono de oro, rodeado de una triple guarnición de brillantes, esmeraldas y rubíes, fué el asiento del príncipe excelso, que llevaron en triunfo sus legionarios hasta el templo donde se adora el fuego, según el rito de Zoroastro, y que resplandecía como un ascua de oro y olía bien como el cuerpo de las huríes.

Pero el príncipe no sanaba, y cada vez se le ponían más flacas las manos, y á través de las orejas, que se despegaban del cráneo, pasaba la luz radiosa, mostrando las venas y arteriolas exangües.

El Emir mandó hacer un nuevo pregón por todos sus Estados, convocando doctores y embaucadores, magos y fakires, sabios y charlatanes. Y de un apartado rincón del Himalaya llegó un hombre que afirmó que él tenía remedio para todas las enfermedades.

Llevado á presencia del príncipe, examinóle con gran detención, y luego sonrió satisfecho.

— ¿Has hallado remedio para mi hijo? — preguntó el Emir.

— Sí.

— ¿Lo traes, lo tienes?

— No; yo te lo indicaré, y vosotros se lo aplicaréis.

— Por costoso que sea no vaciles en indicarlo. Las riquezas todas que guarda la tierra serán mías, si es preciso, y servirán para comprarlo; por escondido que esté, mis servidores le hallarán, bien en la cima de las montañas, bien en los abismos insondables del mar. ¡Habla!

— El remedio no es costoso, y lo obtendrás de balde. Busca un hombre feliz, y que tu hijo se ponga la camisa que lleva. Desde el punto que envuelva su cuerpo, quedará sano.

Dijo el hombre, y se volvió á sus montañas.

Entonces empezaron las pesquisas del Emir y de su hijo en busca de un hombre feliz. ¡Ay! el remedio era mucho más difícil de lo que á primera vista parecía. Entre los cortesanos no había uno que se considerara dichoso; los generales no lo eran tampoco; los hombres más opulentos no eran felices pensando que había otros más ricos que ellos; el amante afortunado miraba acibarada su felicidad por los celos; el niño no era feliz, porque deseaba ser hombre, y el hombre se consideraba desdichado porque había dejado de ser niño.

El príncipe emprendió una peregrinación á través del mundo, y no halló en parte alguna al hombre afortunado que podría devolverle la salud. Desesperado, y cada vez más enfermo, regresó á su patria, y cuando iba á trasponer las últimas montañas que le separaban de Samarcanda, topó con un porquero que, sentado en una roca, tenía cara de Pascuas y comía con voracidad un mendrugo de pan.

El príncipe quedó mirándole buen trecho, y luego le dijo:

— ¿Conoces en esta comarca un hombre que sea feliz?

— Sí.

— ¿Quién es?

— Yo.

— ¿Tú? ¿Tú? — exclamó el príncipe con alborozo.

— Yo mismo.

— ¿No tienes ninguna pena, no sientes ninguna envidia, eres dichoso por completo?

— Te digo que sí.

— Bien, bien; no te enfades. Supongo que un hombre dichoso se prestará á servir á un hombre desdichado. Quiero pedirte un favor.

— Dí.

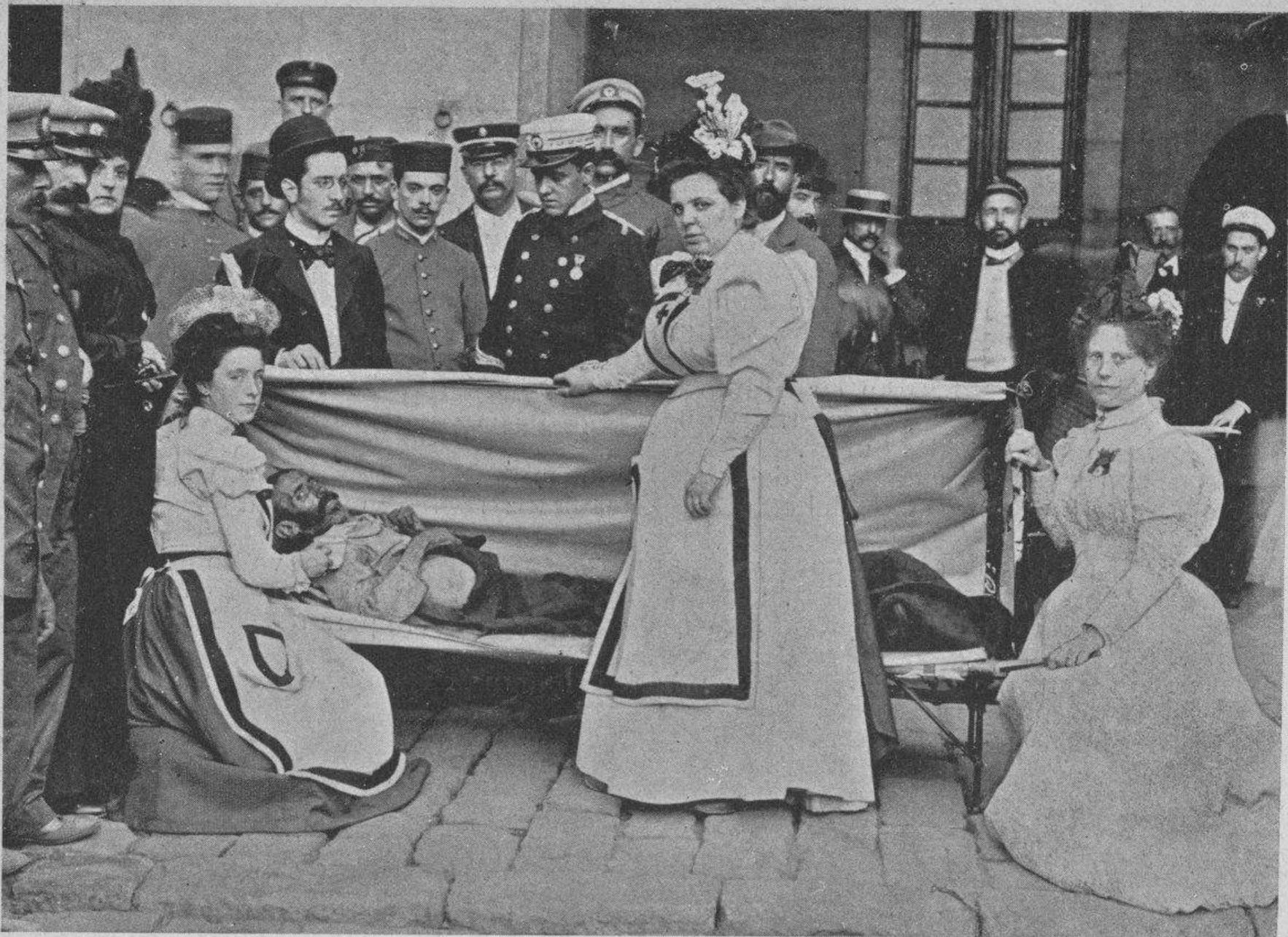
— Que me des, ó me prestes, ó me vendas tu camisa.

El hombre se echó á reír.

Y el príncipe á temblar.

¡El hombre feliz no tenía ni llevaba camisa!

A. RIERA.

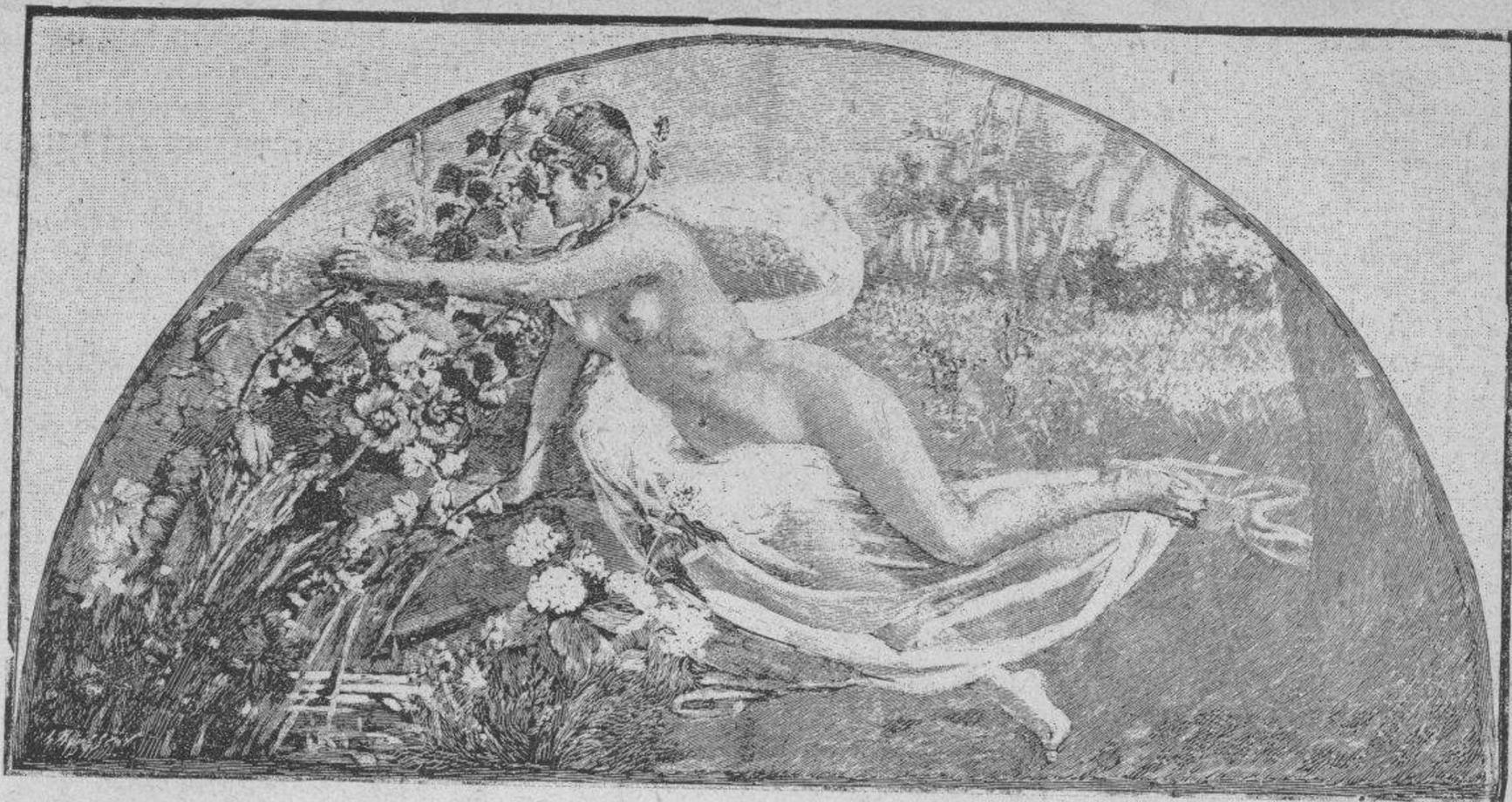


LA CRUZ ROJA. — Damas de la Asociación asistiendo á un herido



LA CRUZ ROJA. — Damas é individuos de la Junta de socorros

Fot. A. Merletti.



Antes de la clínica

I

—Doña Mencia, ¿usted aquí?
 —Ya lo ve usted, don Senén.
 —¿Es que está usted enferma?
 —Sí.
 —Pues, mire usted, yo también.
 —Del estómago maldito me quejo más cada día. He perdido el apetito, ¡con la falta que me hacía!
 —¡Demontre, qué coincidencia! Para mí eso es un consuelo. Yo sufro una inapetencia de *primisimo cartello*.
 —Me encuentro mal, y ¡está claro! la debilidad aumenta, y se me hace el genio raro, un genio que me revienta.
 —Yo no me puedo nutrir; así es que el buen humor pierdo y no paro de gruñir, igual que si fuera un cerdo.
 —Aunque al probarla la eche, con leche el Doctor me cura, y no tomo más que leche como cualquier criatura.
 —Yo huevos. Remedios nuevos que me inspiran poca fe.
 ¡Venirme ahora con huevos!
 ¿Qué le parece eso á usted?...
 —¡Eso aterra!
 —¡Eso da horror!
 Me tiene el Doctor tan frito, que no me como al Doctor porque no tengo apetito.
 —Hinchanme el vientre á toda hora los gases, que en ciertos ratos...
 —¡Calle usted por Dios, señora! No me recuerde los flatos.
 —Vanidos, angustias, penas, náuseas, retortijones...

¡Ay! ¡Cuando podré hacer buenas y fáciles digestiones!...
 —¡Nos divertimos sino!
 ¿Cuándo hará la medicina que pueda comerme yo á Cristo por una esquina?...
 —¿Aun tiene estómago usted para esperarlo quizá?
 —Es para lo único que me queda estómago ya.
 —Nada, pues, siento infinito todo lo que á usted le pasa; que recobre el apetito, y mis afectos en casa.
 —Lo mismo digo también con respecto á su dolencia.
 —Que mejore, don Senén.
 —Aliviarse, doña Mencia.

II

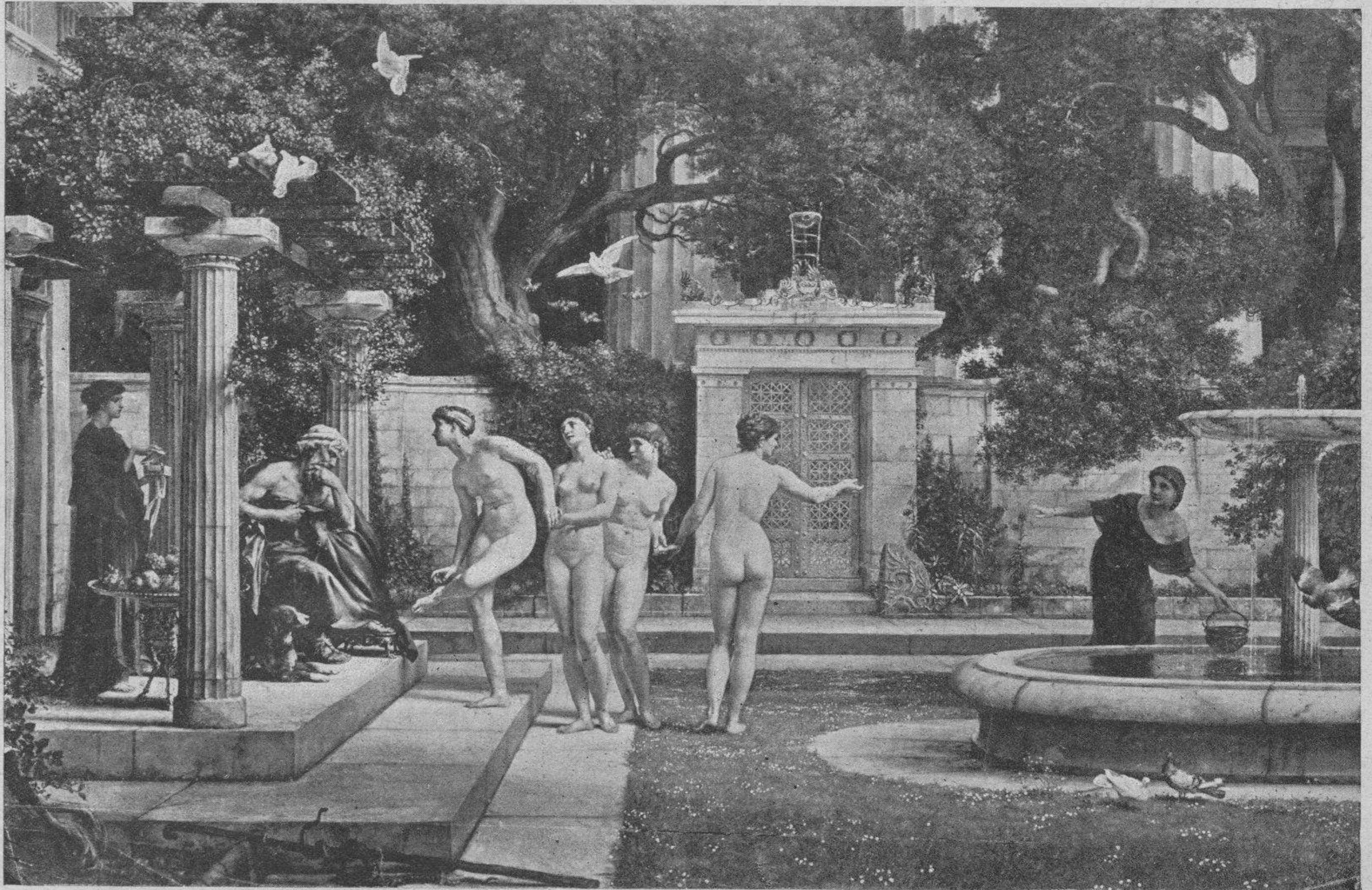
—Doña Mencia ¿qué tal?...
 —Bien;
 sin la menor novedad.
 Y ¿usted que tal, don Senén?
 —Hecho una calamidad.
 —Pues yo, afortunadamente, cuando estuve embarazada mejoré rápidamente, tanto, que hoy no tengo nada. De otra suerte no concibo como me hubiera curado.
 ¡Qué más! El facultativo ya me había desahuciado.
 —Me ha partido por el medio eso que acabo de oír.
 ¡Cómo no, si sé el remedio y... he de aguantar y sufrir!
 Esto es mucho padecer.
 ¡Ya no espero verme sano!
 Pero si yo soy mujer,
 ¡no me gana usted la mano!

F. ROIG BATALLER.



La preferida

BELLAS ARTES



La consulta de Esculapio

Leyenda rusa

El príncipe, el joven príncipe, tan hermoso como un rey, está mortalmente herido. Cuando andaba de caza por los bosques, distraído con el recuerdo de las doradas trenzas de su mujer, fué acometido por un jabalí, que le atravesó con sus dorados colmillos.

* * *

Allí está, tan pálido como un manojo de jazmines, tendido sobre la cama ensangrentada.

Alrededor de la cama están llorando tres mujeres: la madre, la hermana y la esposa.

—Vamos corriendo,—dice la madre,—á casa del nigromántico, que vive retraído en lo más recóndito de los bosques.

Nadie más que él puede hacer un bálsamo que cure á mi hijo.

* * *

Cuando llegaron á casa del nigromántico, éste les habló así:

—Puedo daros un bálsamo que curará al príncipe, pero es preciso que me déis, en pago de ese bálsamo, tú, la madre, tu brazo derecho; tú, la hermana, tu mano blanca, con el anillo en el dedo, y tú, la esposa, tu trenza dorada.

La madre dijo: ¿Nada más que eso? Y dió su brazo derecho.

La hermana dijo: Toma mi mano blanca con el anillo del dedo.

Pero la esposa dijo sollozando: ¡Ay! ¿Tendré que cortar mi trenza dorada?... No puedo dar mi trenza dorada.

Y el nigromántico se quedó con su bálsamo.

Y el príncipe murió.

* * *

Allí están las tres mujeres, llorando junto al cadáver.

La madre llora, sosteniendo la cabeza de su hijo querido.

La hermana llora á los pies del príncipe.

Y la esposa llora junto al corazón. ¡Junto al corazón, que palpité con un amor tan tierno por sus trenzas doradas!

* * *

Y en el sitio en que lloraba la madre... brotó un hermoso río de ondas inmortales, el cual está corriendo todavía.

Donde lloraba la hermana, brotó un manantial.

Pero donde lloraba la esposa, se formó un charquito, que se secó en cuanto le dió el sol.

MARÍA KRYSINSK.

Epigramas

No sé, librereros osados,
cómo el comercio comprenden,
al anunciar que «se venden
y compran libros usados.»

Con ese letrado abusan
de la fe pública, sí;
pues lo que venden allí
son los que *menos se usan*.

—De su cacumen el fruto
firma el crítico Alcover
con el pseudónimo «Bruto».
—Pues le van á conocer.

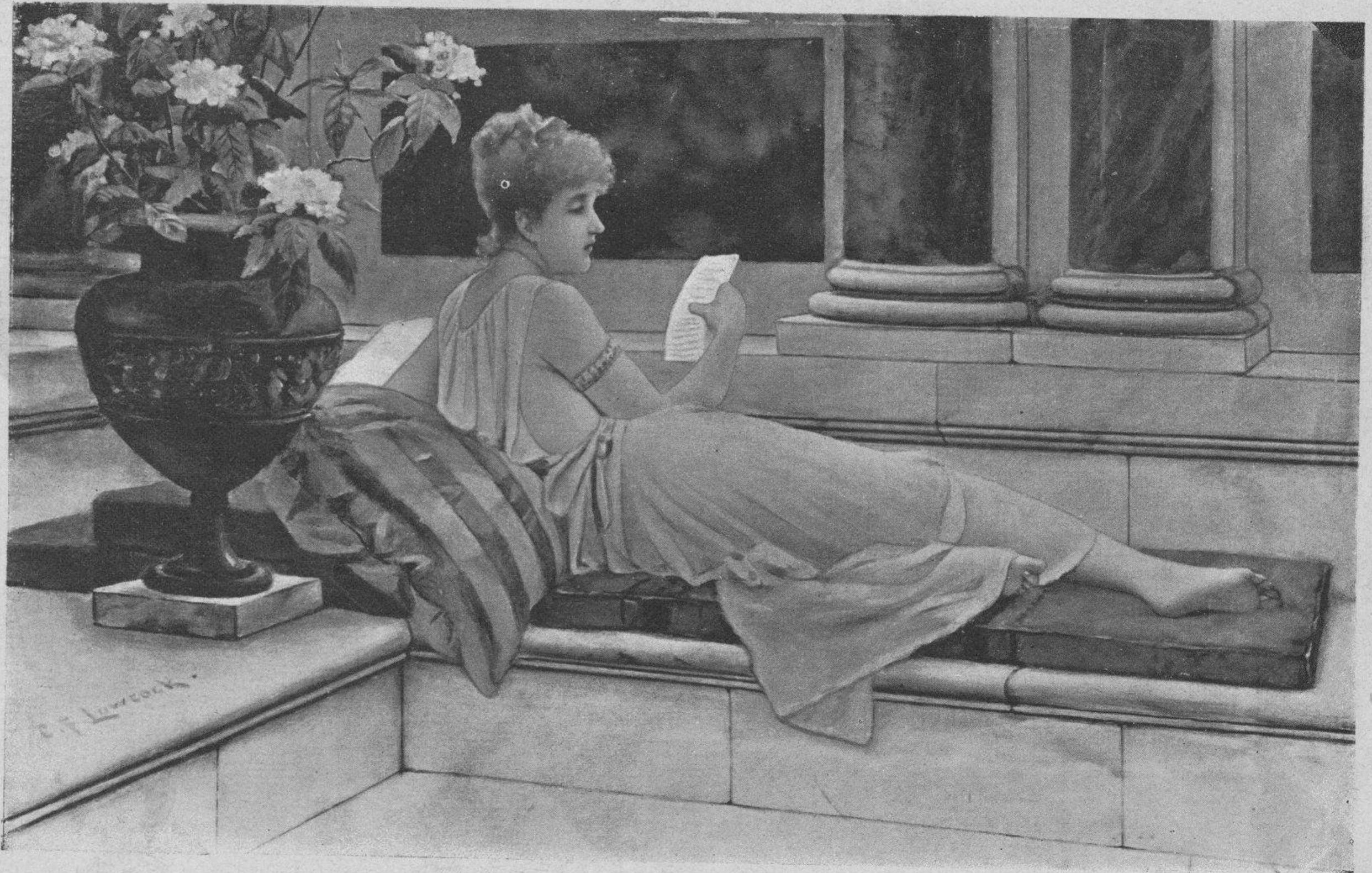
Se ahogó con su esposa Antonio,
cuando fueron á bañarse,
y allí en el mar, al ahogarse
se disolvió el matrimonio.

—
Tus pies con tanto ensanchar,
te han hecho ser enemigo
de que estreche todo amigo
las manos al saludar.

Costumbre que añeja es
y á la cual tienes horror,
porque quisieras mejor
que *te estrecharan* los pies.

José M.^a SOLÍS Y MONTORO.

C. F. LOWCOCK



Dulce tarea

Picazo

I

Picazo es un modesto empleado en el Ministerio de tal, que cada año, en lugar de ascender, desciende, por culpa de su carácter, que yo me he complacido en estudiar para entretenimiento de lectores tristes.

Porque hombre como este no le hay.

No podía llamarse de otro modo. Picazo es un español, que en su calidad de tal se pica por todo.

Una patrona que tuvo en la calle del Arenal, le dijo un día:

—Don Manuel: este verano voy á colgarle á usted por las noches en el balcón para que no se pique.

Y la patrona tenía razón.

Picazo debe de estar á estas horas apolillado, como los expedientes de su despacho.

—Buenos días, Manuel—le dice un compañero de oficina.—¡Qué gordo estás!

—Ya sabes que yo no doy nunca bromas á nadie, y por consiguiente, no me gusta que me las den.

—Señor D. Manuel—le dice el portero—el Jefe le llama.

Y Picazo:

—¡Parece que me lo dice usted de cierta manera!...

II

Haré su historia, por más que su cronista debiera de ser un mosquito.

Cuentan que tardó en nacer y se resistió en salir al mundo, porque había notado que en la alcoba no estaba su abuela. «¡A estas cosas—dicen que pensaba—debe de asistir toda la familia!»

Su maestro le enseñó á leer con gran trabajo, porque así que se enteró de que no se pronunciaba la *H*, creyó que era por él.

—¡Cómo se entiende!—decía;—negárseme á sonar.

Anduvo á bofetadas con toda la escuela, que la componían cien niños.

El no quería aguantar ancas de nadie.

Si jugaban al toro, quería ser el toro por el gusto de defenderse, ¡porque á él no le ponía nadie banderillas! Si se trataba de puestos en la clase, no admitía competencia alguna. Una vez, en castigo de su torpeza en el latín, le pusieron el último de todos. Lo sintió mucho; pero á los tres ó cuatro días otro alumno más torpe que él es enviado por el profesor al último lugar.

Picazo, muy alterado, le aparta y se pone delante, exclamando:

—No, señor. ¡El último soy yo!

III

Comenzó su carrera por el periodismo y recorrió todos los periódicos de Madrid.

Porque tardaron en pagarle un mes en el *Meteor*, periódico republicano, se picó y se fué á escribir al *Bonete*, periódico carlista.

—¡Ellos se lo pierden!—decía.

Del *Bonete* pasó al *Momio*, periódico conservador. ¡Pero si era un hombre imposible! Escribía unos sueltos atroces á propósito de cualquier cosa.

Decía, por ejemplo, un periódico de ideas opuestas al suyo:

«Los hombres del 54 no han traído más que desdichas al país.»

Y como Picazo nació aquel año, cogía la pluma y decía:

«Sería de desear que nuestro insolente colega dijera *por quién* ha escrito eso».

Picazo es el ahijado de la humanidad, porque ha tenido más padrinos que pelos en la cabeza.

Le envía dos padrinos á su sombra.

Va al teatro, observa que un espectador colocado junto á él le mira.

Esto le pone muy nervioso.

Por fin:

—¡Qué ocurre!—le grita.

Y á veces ha ido á dormir á la prevención por *picajoso*, que es un delito no comprendido todavía en el Código.

En cierta ocasión fué padrino de un sobrino suyo. (Bautizo).

Al verificarse la ceremonia bautismal, el sacristán, que iba apuntándole lo que debía contestar al cura, le dice:

—¡Bolo!

¡Qué bofetada le dió!

Cuando va á una casa cualquiera y le preguntan *¿Quién?* por el ventanillo, se exaspera.

—¡Oiga usted!—exclama.—¿Tengo yo cara de ladrón?

Aun no hace un mes que al comprar cigarros, como la estanquera mirase detenidamente un duro que le dió para pagar, se cegó y le pegó tal bastonazo á un León XIII de yeso que había en el mostrador, que hubo que recogerlo con una cuchara.

IV

Sus instintos eran de hombre casado; pero no ha encontrado novia duradera.

Parece celoso y no lo es; lo cual le sucede á mucha gente, porque hay mucha gente que confunde el amor propio con los celos.

Así es que siempre cree que sus novias *le faltan*.

A una la plantó porque le escribía con lápiz.

A otra, porque no quiso entrar á tomar chocolate con él en casa de Doña Mariquita.

A otra, porque le recibió un día en la antesala.

C. SCHMID



Amor

A la última que tuvo (y la quería con toda su alma), le devolvió cartas y retratos porque le llamó *pichón* una noche.

—¡Pichón!—iba diciendo á voces por la calle.
—¡Vaya una manera de llamar á un hombre que tiene Usía Ilustrísima!

V

Cuando mandaron los primeros *suyos* (pues ha tenido varios), le hicieron gobernador de provincia.

Llegó á la capital. Le esperaban en la estación el alcalde, el presidente de la Diputación y otras varias personas *de suposición* en la provincia.

—¿Y el Obispo?—preguntó.

—El Obispo está enfermo—dijo tímidamente el alcalde...

—A ver, inspector—gritó mi D. Manuel;—vaya usted á ver al Obispo, y tráigale usted *atado*.

Conflicto inmediato, que conjuraron las autoridades. Pero á la semana siguiente fué mi hombre á presidir la Diputación; el secretario era bizco. Picazo no lo creyó, y á la mitad de la sesión se volvió hacia él y le dijo:

—¡O me mira usted á mí ó al vicepresidente!

La risa de la corporación le sacó de sus casillas. Se fué á su casa y envió la dimisión al Gobierno, y porque tardaron en admitírsela, desafió por telégrafo al Ministro.

Cuando volvía á la corte, le dijo en el vagón un viajero:

—¿Usted es el señor de Picazo?

A lo que contestó;

—Sí, señor... ¿y qué?

—¡Nada, hombre, nada!

VI

¡Pobre hombre!

En realidad es muy desgraciado. Ha llegado á figurarse que todo lo que hacen y dicen los demás, *es por él*. La misantropía le devora.

Padece dei estómago. Su médico le anima.

—Eso no es nada—le dice.

Y Picazo:

—¿Se ha figurado usted que soy un cobarde? ¿Cree usted que no sabría resistir la noticia de una enfermedad sin remedio?

Por fin, el médico, harto de él, exclama:

—Pues... sí, señor, la cosa es muy grave y no llega usted al invierno.

Picazo mirándole de arriba abajo:

—¡Hombre, parece mentira que sea usted tan poco delicado! ¡Desahuciar á un enfermo, que después de todo no tiene nada! ¿Por qué me dice usted eso? ¿Porque pago menos que el del principal? ¡Pues pida usted más, pero no sea usted grosero!

El médico, al oír esto, se puso el sombrero, y se marchó sin decir adiós.

Picazo al día siguiente le envió sus padrinos.

En un armario de caoba que hay en su cuarto, tiene doscientas veintitrés actas de desafío.

Pero no se ha batido nunca.

En cuanto le dicen que el duelo será al amanecer, se resiente.

—¡Si se habrán creído que *uno* es algún barrero!

Su último disgusto ha sido por haberle tocado la lotería.

Subió á ver al Director general del ramo, y le dijo:

—Oiga usted... si han creído hacerme un favor premiando mi número, se equivocan de medio á medio. Mucha falta me hace el dinero, ¡pero yo no admito limosnas!

Sacó el décimo del bolsillo y se lo arrojó á la cara al estupefacto Director, que creía estar soñando despierto; pero una vez repuesto del asombro, ha entablado demanda de injuria y calumnia.

Picazo dice que *en saliendo* de eso, hará dimisión de su empleo para que no le falte nadie.

Entretanto, y en vista de que llueve, se ha resentido del reuma.

EUSEBIO BLASCO.



WILLIAMS



En la barrera



Galas cortesananas

(CUENTO DE DOS SIGLOS HA)

Galánpreciado de lindo,
muy atildado de traje,
se encontró en el Prado Viejo
á una dama cierta tarde,
y tras lograr que la dueña
complaciente se apartase,
de esta manera la dijo,
entre cortés y punzante:

—Ayer con parda albanega,
con medias de cordillate
y enaguas de sempiterna
sin una punta de encaje;
con zapato alpargatado,
jubón de rasilla al talle
y por toda gargantilla
un listón color de sangre,
tan dichosa te veías
que en sueños sólo anhelaste
unos zarcillos de alquimia
para un disanto en la tarde.

Hoy sólo la saboyana
que de chamelote traes,
vale más plata que cuesta
sostener un tercio en Flandes.

Valona de lechuguilla
sobre tu pecho se abre,
adobada con más polvos
que hay en los caminos reales.

De indianas piedras de luces
has conseguido empedrarte
y tiene más que la villa
de ruedo tu guardainfante.

Chapín de ocho corchos sirve
á tu breve pie de cárcel,
y en birrotón hasta á misa
dicen las gentes que sales.

¡Que mucho que en maños de humo
miles de ducados gastes
cuando la hacienda de un Fúcar
te es poco para enrubiarte!

Ya ves que bien te conozco,
y sospecho que mal haces
si olvidas por lo que hoy eres
lo que te tocó ser antes.—

Tal dijo el galán; la dama
se quedó un punto mirándole,
y en seguida la respuesta
le enderezó en estas frases:

—Bien sienta al seor hidalgo
ir crugiendo gorgoranes
y en ropilla ajironada
llevar prisionero el talle.

No dicen mal dos espuelas
de unas calzas por remate
y unos bigotes buídos
dan siempre marcial donaire.

Para pregonar favores
¿quién hay que al fieltro no enlace
una perfumada trenza
con un joyel de diamantes?

Espada de vaina abierta,
bien puede servir de alarde
de que no es el que la ciñe
hombre de esquivar un lance.

Y valona cariñana
arrugada con desgaire,
da presunciones á un lindo
de estar muy hecho á atildarse.

Lástima, por vida mía,
que el que junta tales partes,
de rapar barbas viviera
aun no hace tres Navidades.

Lástima y grande que ha poco
sólo diera muerte al hambre,
yéndose á buscar la sopa
que dan en San Gil los padres.

Y lástima y retelástima
que en Zaragoza una tarde,
sobre sí hizo ciertos untos,
sobre si se halló unos reales,
muy adornado de plumas
y con un pregón delante,
caballero en un pollino
saliera á tomar el aire.

Ya ve que bien le conozco
y sospecho que mal hace
si por lo que es hoy, olvida
lo que le tocó ser antes.

Dijo la dama, y entrambos
poniendo acedo el semblante,
y sin curarse siquiera
de cruzar un «Dios os guarde»,
se alejaron murmurando,
mal heridos del vejamen:

—¡Lleve el diablo á la tusona!

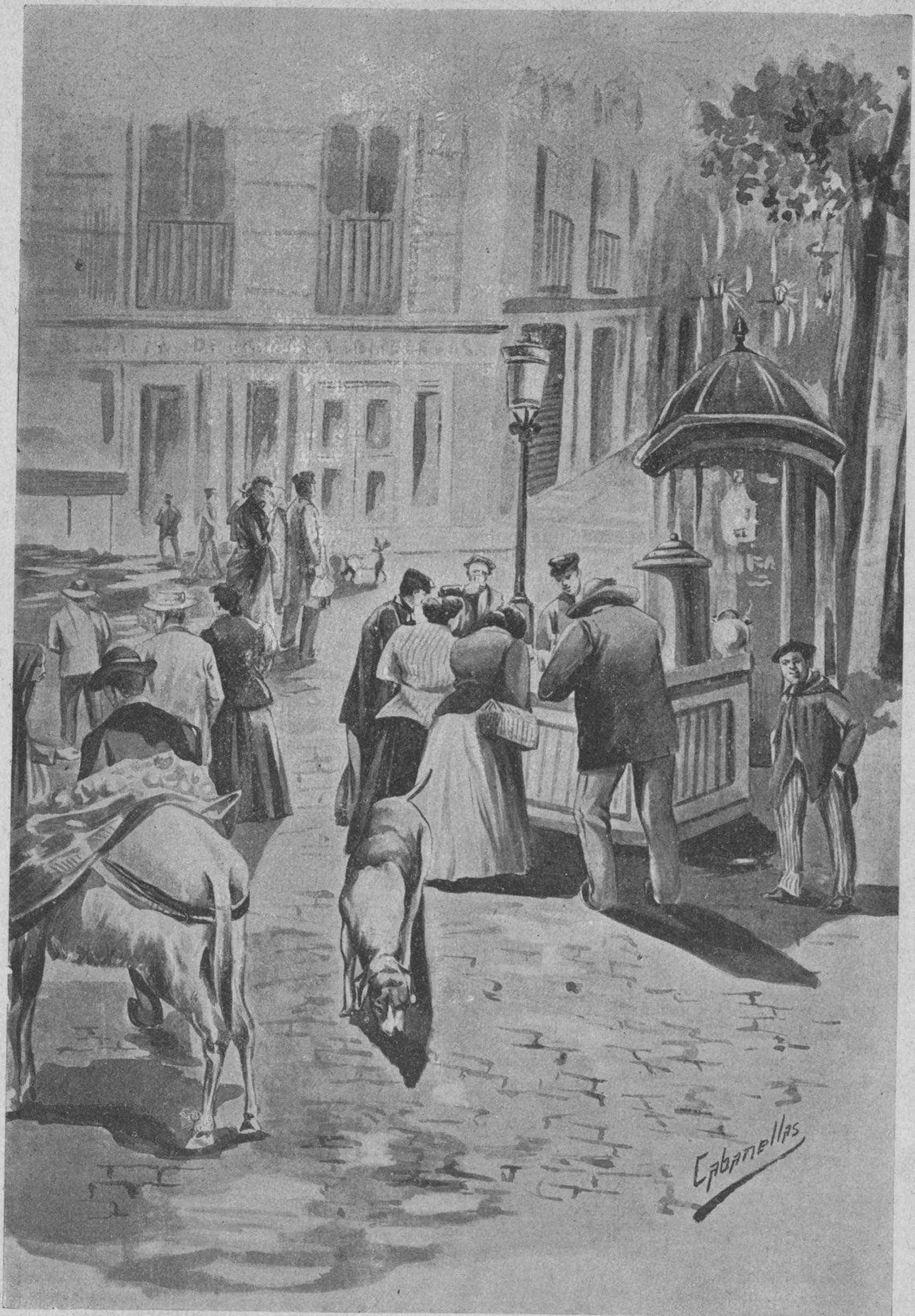
—¡Vaya al infierno el bergantel!

Y hay quien dice que un soldado
que quedó lisiado en Flandes,
y que pidiendo limosna
oyó las transcritas frases,

gruñó para su colete,
roto y deshecho en mil partes:

—¡Mal haya quien en la corte
juzgue por la ropa á nadie!

ANGEL R. CHAVES.



Un café al aire libre



Un oficial recibió un balazo, y fué llevado á una casa á donde acudieron los médicos á curarle. En el espacio de ocho días no hicieron otra cosa que meter la sonda, buscar y tantear. El oficial, que sufría mucho con estas averiguaciones, les preguntó que buscaban.

—La bala que le ha herido á usted, que debe hallarse dentro.

—¡Bárbaros! — exclamó el militar. — ¿Por qué no me lo han dicho antes? ¡Si la tengo en el bolsillo del chaleco!

Con motivo de haber desempeñado una mujer las funciones de abogado en un tribunal de Nueva-York, han dado los periódicos un millón de bombos á la audacia de las mujeres norteamericanas, aplaudiendo de paso esta graciosa innovación.

Innovación... innovación... ¿desde cuándo será innovación que las mujeres hablen por los codos para tratar de demostrar que lo negro es blanco, ó que el arco-iris es de color de castaña?

Y lo malo es que vuelve ahora á ponerse sobre el tapete la cuestión de si deben ó no ser *abogadas* las mujeres y, como las dejen ser... ¡Dios nos la depare buena!

Por lo pronto, yo tengo una portera que me decía ayer entusiasmada:

Ya ve V., yo, que soy tan bachillera, si podría servir para abogada!...

—Diga usted. ¿Es verdad que los loros viven muchos años?

—Sí, señor. Me he enterado acerca del particular y resulta de mis informes que un loro puede alcanzar á una edad de cien años. Esto por lo que respecta á los loros vivos; que en cuanto á los embalsamados... no se les conoce límite.

Los que á los tibios inflamar intentan,
No han comprendido aun
Que muchos que no rezan llegarían
A rezar con Rosarios como tú.

FRANCISCO ANTICH É IZAGUIRRE.

—Cuando se marchó Matilde,
tu querida, con Anselmo,
te dejaría asombrado.

—No, me dejó sin un céntimo.

—¿Con qué se casó Mariquita?
—Y soberbiamente. ¡Si vieras que tren lleva su marido!...

—¡Ah! ¿con qué un gran tren?

—¡Ya lo creo! Como que es maquinista del ferrocarril del Norte.

—Bruno, desde las columnas del semanario *La Crítica*, al escritor Juan González le ha pegado una paliza criticándole su drama, por lo que está Juan que trina.

—¿Y Juan piensa devolvérsela?

—¡Claro!

—¿Dónde?

—¡En las costillas!

EDUARDO GUILLAR.

El juez:

—Pero hombre, tú no quieres escarmentar y te vas á perder. ¿Por qué has escogido un oficio tan malo?

—¡Quiá, no señor! ¡El oficio es bueno! Sino que entre Vds. y la Guardia civil lo han echado á perder.

GRANADA. — Al que compre este periódico en la «Enciclopedia» (Zacatín, 115), se le regala el semanario «SIGLO XX».

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia

al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona